

## XII

El vencedor de Mitrídates tiene treinta y nueve años, aunque sus amigos, ó sus aduladores, no le dan mas que treinta y cuatro—la edad de Alejandro.— Ha llegado al punto culminante de su fortuna. Desde entonces no hará mas que bajar; al paso que César no hará mas que subir.

Si Pompeyo tiene treinta y nueve años, y Plutarco dice positivamente su edad,—César tiene treinta y tres.

“El pueblo romano, dice Plutarco, manifestó hácia Pompeyo la misma disposicion de ánimo que el Prometeo de Esquilo hácia Hércules cuando le dice á este, que lo acaba de desatar: “Amo al hijo tanto como odio al padre.”

¿Por qué odiaba el pueblo romano á Strabo, padre de Pompeyo?

Plutarco nos lo dice en un solo renglon:

“Porque no podía perdonarle su avaricia.”

Lo cual quiere decir que el padre de Pompeyo no daba juegos á los romanos, ni les ofrecia comidas públicas, ni les regalaba billetes de espectáculo, crímenes imperdonables á los ojos de todos aquellos reyes del mundo que pasaban el tiempo acostados bajo los pórticos, hablando de política en los baños y bebiendo vino cocido en las tabernas.

Y el ódio era grande en efecto, pues habiendo muerto Strabo herido de un rayo, el pueblo arrebató su cadáver de la pira en que estaba depositado, y cometi6 con él mil ultrajes.

En cambio, repetimos, el hijo era adorado.

Hé aquí lo que dice Plutarco sobre el particular, en su hermosa lengua griega:

“Nadie obtuvo un afecto mayor, que empezase en edad mas temprana, que diera mejores frutos en el buen tiempo, y que permaneciese mas fiel en la desgracia.”

Lo que quizá habia contribuido en mucha parte á seducir á los romanos, pueblo eminentemente sensual, era su belleza.

Pompeyo tenia facciones dulces, perfectamente en armonía con su voz melodiosa; un aire grave, templado por una gran expresion de bondad; modales nobles; una gran templanza en su vida habitual; su-

ma agilidad en todos los ejercicios del cuerpo; una elocuencia casi irresistible; una inmensa facilidad para dar, y al verificarlo una gracia casi divina para no lastimar en lo mas mínimo el amor propio del que recibia. Sus cabellos, que llevaba algo levantados por delante, y su mirada, llena de encanto, le daban con Alejandro, ó mas bien con las estátuas que quedaban del conquistador de la India, una semejanza que halagaba mucho al jóven, y que era tan pública y tan reconocida, que un dia el Cónsul Filipo, abogado por él, dijo sonriéndose:

—No debe extrañarse la parcialidad de que hago gala con mi cliente; es natural que siendo Filipo ame á Alejandro.

Ya hemos hablado de su templanza; citaremos un ejemplo:

Al salir de una grave enfermedad, en que habia estado á rigurosa dieta, le mandó el médico que para empezar á alimentarse comiese solo un zorzal.

Desgraciadamente los zorzales son aves de paso y la estacion de ellos habia pasado ya; de modo que los sirvientes de Pompeyo recorrieron todos los mercados de Roma sin encontrar ninguno.

—No te apures, le dijo un amigo; manda á casa de Lúculo, qué él tiene zorzales todo el año.

—No, contestó Pompeyo; no quiero pedir favor ninguno á ese hombre.

—Pero es el caso, insistió el amigo, que el médico te ha dicho que tomes eso solo, prohibiéndote cualquier otro alimento.

—Bah! repitió Pompeyo, ¿quieres por ventura que me figure que está escrito en el libro del Destino que yó no pueda vivir si Lúculo no es bastante gastrónomo para conservar zorzales todo el año?

Y aquel mismo dia mandó á pasear al médico.

Tambien hemos hablado de su elocuencia; probémosla.

Despues de la muerte de Strabo tuvo que rechazar una acusacion de peculado dirigida contra su padre, y en la cual se trataba de inmiscuirle. Manifestó tal habilidad en la defensa y mostró en ella tal firmeza, que el pretor Antistio, presidente del tribunal, resolvió desde aquel momento darle su hija en matrimonio, haciéndosela ofrecer por amigos comunes.

Pompeyo aceptó.

El pueblo tuvo conocimiento del suceso y le agradó de tal modo que, en el momento en que Pompeyo fué absuelto, todo él, cual si obedeciera una palabra de orden, se puso á gritar:

—A Talasio! á Talasio!

¿Qué significaban esas dos palabras, que los romanos tenian costumbre de proferir cuando deseaban un enlace feliz?

Vamos á decirlo.

Era una antigua tradicion que remontaba al rapto de las Sabinas.

Cuando tuvo lugar aquel gran acontecimiento, que puso el naciente imperio de Rómulo á dos dedos de su ruina, unos pastores llevaban una jóven Sabina, de una belleza tan perfecta, que temian tener que combatir á cada paso para conservarla; entonces se les ocurrió ponerla bajo la proteccion de uno de los hombres mas apreciados de la jóven Roma; de modo que corrian gritando:

—A Talasio! á Talasio!

Como si llevaran la jóven Sabina para el individuo llamado así.

Gracias á aquel nombre pudieron conducirla con seguridad al punto que deseaban; la jóven, en efecto, se casó con Talasio, y habiendo sido un matrimonio muy dichoso, quedó en Roma la costumbre, cuando tenia lugar un matrimonio de importancia, gritar saludándolo con las palabras pronunciadas por los pastores.

Pompeyo se casó con Antistia.

Pero no fué tan feliz en aquel matrimonio como Talasio lo habia sido en el suyo, pues Sila, como dijimos arriba, le hizo repudiar á Antistia y casarse con Emilia, hija de Metela y de E scauro, é hijastra del dictador.

La órden era tanto mas tiránica cuanto que Emilia era casada y estaba en cinta; era ademas una cosa en extremo vergonzosa para Pompeyo el ceder á aquella órden, por cuanto Sila acababa de hacer asesinar en el Senado con un fútil pretesto á su suegro Antistio.

La mujer de este por su parte, viendo á su hija repudiada, no pudo sufrir la afrenta que Pompeyo acababa de hacerle y se mató.

En fin, á aquella muerte siguió la de Emilia, que murió de parto.

Es verdad que esa terrible tragedia de familia, que hubiera causado gran rumor en otra época, se perdió en medio del ruido de la tragedia pública que tenia lugar entonces, y en la cual Mario y Sila desempeñaban los principales papeles.

Ya hemos dicho que en un caso igual César prefirió afrontar la cólera de Sila á obedecerle. El carácter de esos dos hombres se revela por entero en esa diferencia; en circunstancias idénticas uno cede y otro resiste.

Dispénsenos que nos ocupemos tanto de Pompeyo, de cuya vida hemos contado ya algunos pormenores; el hombre que disputó el mundo á César merece la pena de que se hable de él con alguna estension.

Ademas confesamos que nos causaria no poco orgullo hacer con la antigüedad lo que con los tiempos modernos; con la historia griega y romana lo que hemos hecho con la historia de Inglaterra, de Italia y de Francia, esto es, ponerla al alcance de todo el mundo. ¿Qué se necesita para ello? Hacerla amena.

Cuando se nos muestra á los griegos y á los romanos se nos hace ver demasiadas estatuas y muy pocos hombres.

Siendo hombres nosotros, nos interesamos sobre todo por séres pertenecientes de un modo visible á la humanidad.

Ahora bien, al separar la túnica de Alcibiades y la toga de César, ¿qué es lo que vemos? Hombres.

Preciso es entoncés separar la túnica y la toga; preciso es, en fin, hacer lo que intentamos nosotros: mostrar en bata á esos séres y semi-dioses de colegio.

¿Recordais el tiempo en que se nos decia que la historia era difícil de aprender únicamente porque era pesada? Lo es sin duda en el padre Daniel, en Mezerai, en Anquetil; pero en las crónicas, en las memorias, en las leyendas, es divertida.

¿Por qué ha alcanzado Mr. de Barante un éxito tan grande con sus *Duques de Borgoña*? Porque ha

sido el primero á sustituir la forma de la crónica á la forma de la historia, ó de lo que se llamaba tal.

¿Acaso no hemos enseñado nosotros mucho mas á nuestros lectores con *Los Tres Mosqueteros*, *Veinte años despues* y *el Vizconde de Bragelonne*, respecto á la época de Luis XIII y de Luis XIV, que Levasor con sus veinte ó veinticinco volúmenes?

¿Quién conoce á Levassor? Guillemot y Techener, porque venden sus veinticinco tomos en veinticinco francos, no al público, sino á los que, como nosotros, tienen necesidad de comprarlos.

### XIII

Volvamos á Pompeyo; viudo ya de dos mujeres á los veinticuatro años, y á quien Sila, á causa del servicio que le habia prestado llevándole un ejército, acababa de saludar con el nombre de *imperator*.

Ademas, Sila se habia levantado y descubierto delante de Pompeyo, lo cual hacia muy rara vez delante de sus generales.

Lo de que *se habia levantado* se comprende fácil-

mente, pero eso de que *¡se habia descubierto!* confesad, lectores, que os parece una cosa algo difícil de explicar, siendo así que siempre habeis visto á los romanos sin nada en la cabeza.

Los romanos, sin embargo, á falta de sombrero,— aun cuando algunas veces lo usaban, como lo prueba aquel famosísimo que Craso prestaba con frecuencia al griego Alejandro,—los romanos, repetimós, á falta de sombrero se cubrian la cabeza con el extremo de la toga, cuya prenda, blanca por lo general, rechazaba admirablemente los rayos del sol italiano. Así como nosotros nos sacamos el sombrero como una muestra de deferencia hácia las personas que encontramos, así tambien los romanos se alzaban el extremo de la toga, descubriéndose de ese modo.

A pesar de la gran humildad de Pompeyo, se le echaban en cara dos ó tres muertes de que César, su rival en todo, y especialmente en humanidad, hubiera sido incapaz.

Carbon, como es sabido, era uno de los antagonistas de Sila.

Pompeyo lo derrotó y lo hizo prisionero.

Si lo hubiera mandado matar en aquel momento, nadie hubiera dicho nada, y probablemente habria parecido una cosa muy natural; pero hizo que lo llevaran á su presencia cargado de cadenas,—¡era un hombre honrado tres veces con el consulado!—lo juz-

gó desde lo alto de un trono en medio de los murmullos y las aclamaciones de la multitud, y lo hizo ejecutar, sin darle mas tiempo al efecto que el preciso para satisfacer una necesidad que le aquejaba.

Lo mismo verificó con Quinto Valerio, sábio distinguido, al cual cogió prisionero igualmente; conversó con él un buen rato y despues que supo cuanto deseaba, lo mandó matar con la mayor sangre fria.

Respecto á su título de *Grande*, Sila fué quien se lo dió tambien al saludarlo á su vuelta de Africa, del propio modo que cuatro ó cinco años antes le habia dado el de *imperator*.

Pompeyo se abstuvo al pronto de añadir ese epíteto á su nombre; preciso es hacerle esa justicia.

Apresurémonos, sin embargo, á añadir que al obrar así no lo hacia por modestia, sino por temor de herir la susceptibilidad del pueblo.

En efecto, algo mas tarde, despues de la muerte de Sertorio y de la campaña de España, cuando creyó que aquel nombre le habia sido dado ya bastante tiempo por los demas para que él tuviese el derecho de aplicárselo á sí mismo, lo tomó y se tituló POMPEYO EL GRANDE en sus cartas y en sus decretos.

Es verdad que por encima del que Sila habia llamado *Magnus*, esto es, *Grande*, habia dos hombres á cada uno de los cuales el pueblo habia dado el so-

brenombre de GRANDISIMO, *Maximus*; el uno era Valerio, que habia reconciliado al pueblo y al Senado, y el otro Fabio Rullo, que habia expulsado del mismo Senado á algunos hijos de libertos, que merced á sus riquezas se habian hecho nombrar senadores.

Por lo demas, Sila se asustó bien pronto de aquella grandeza que acababa de hacer y de aquella fortuna que acababa de elevar.

De vuelta á Roma despues de su gran guerra de Africa, Pompeyo pidió el triunfo; pero Sila se opuso á él. El triunfo no se concedia sino á cónsules ó á pretores.

El mismo primer Escipion no habia osado pedirlo despues de sus victorias en España contra los cartagineses, porque no era ni pretor ni cónsul.

Sila le manifestó que temia verse desaprobado por toda Roma si hacia triunfar á un jóven imberbe aún, y que se diria que no respetaba ninguna ley en tratándose de satisfacer los caprichos de sus favoritos.

Pero Pompeyo vió la verdadera causa de la negativa bajo la dorada cubierta que la envolvía.

La idea de que Sila se oponia á su triunfo únicamente porque empezaba á temerle, redobló su empeño de alcanzarlo, y habiéndole dicho el dictador que si se obstinaba en triunfar haria él todo lo posible por impedirlo, le contestó:

—Cuidado, Sila: hay mas hombres que adoran al sol levante que al sol poniente.

Sila, como César, era algo duro de oido y no entendió la respuesta de Pompeyo.

—¿Qué dice? preguntó á los que le rodeaban.

Estos le repitieron las palabras que Pompeyo habia pronunciado.

—Oh! exclamó Sila, si tanto empeño tiene en ello, que triunfe enhorabuena.

Pero no era el dictador el único que se oponia á aquella satisfaccion del orgullo del vencedor de Carbon, de Domiciano y de Sertorio.

Hubo grandes murmullos en el Senado y en la nobleza.

Pompeyo los oyó.

—¡Esas tenemos! dijo; pues bien, triunfaré, no como mis predecesores en un carro tirado por caballos, sino en un carro tirado por elefantes.

En efecto, en su campaña de Africa Pompeyo habia dicho á los soldados:

—Ya que estamos aquí, combatamos no solo á los hombres, sino tambien á los animales feroces.

Y habia cazado y cogido gran número de leones y elefantes; ademas, habia recibido de los reyes sometidos mas de cuarenta de estos últimos; así que, nada le era mas fácil que enganchar cuatro de ellos á su carro.

Los enganchó, pues; pero en el momento de ir á entrar en Roma echó de ver que las puertas eran demasiado angostas.

Tuvo, por lo tanto, que renunciar á los elefantes y contentarse con caballos.

A pesar de su edad,—iba á cumplir cuarenta años—Pompeyo hubiera sido admitido en el Senado si lo hubiera deseado.

Los romanos, cuando la ley se oponia á alguno de sus deseos y no eran bastante poderosos para satisfacerlo á pesar de ella, tenian un modo de proceder ingeniosísimo: suspendian la ley por un año.

Aquello se llamaba *el sueño de la ley*.

Mientras la ley dormia, las ambiciones permanecian despiertas y hacian lo que querian.

Pompeyo, pues, satisfizo mas su orgullo triunfando siendo simple general, que si hubiera sido nombrado senador.

Pero Sila no olvidó que habia triunfado á pesar suyo, y habiendo hecho Pompeyo por otro lo que no habia querido hacer por él, esto es, habiendo contribuido eficazmente á que Lépido fuera nombrado cónsul, lo apostrofó del modo siguiente al tropezar con él en el momento de atravesar la plaza:

—Muy ufano te veo con tu victoria, jóven; y no hay duda que es una cosa muy honrosa y muy digna de orgullo el haber conseguido por medio de tus

intrigas con el pueblo, que Cátulo, el ciudadano mas virtuoso de Roma, haya sido elevado al consulado únicamente despues de Lépido, que es el mas malvado de los hombres..... Te aconsejo que no te duermas, añadió con aire de amenaza, y que andes con cuidado en todas tus cosas, pues te has grangeado un adversario algo mas fuerte que tú.

En efecto, Pompeyo perdió desde aquel dia todo el lugar que ocupaba en el ánimo de Sila, de modo que cuando este murio y se abrió su testamento, no se halló en él un solo legado para Pompeyo; ni siquiera la menor mención de aquel á quien el testador habia dado el título de *imperator* y el sobrenombre de *Magno*.

Pompeyo, sin embargo, como verdadero hombre de Estado, no manifestó pesar alguno por aquel olvido, y habiendo Lépido y algunos otros querido impedir no solo que fuese enterrado en el campo de Marte sino tambien que se hiciesen públicamente sus exequias, él mismo dirigió la ceremonia mortuoria y rindió al dictador honrosos funerales.

Hay mas aún; habiéndose realizado la prediccion de Sila casi al momento de su muerte, y sirviéndose Lépido de la posicion que le habia formado Pompeyo para producir trastornos en Roma, Pompeyo se puso al lado de Cátulo, que representaba la parte honrada del Senado y del pueblo, pero que era mas

propio para la administracion civil que para el mando de los ejércitos; Pompeyo le prestó el auxilio de su espada.

Aquel auxilio tuvo su importancia.

Lépido, ayudado de Bruto, padre del que debia, unido con Casio, asesinar á César, se habia apoderado de la mayor parte de la Italia y de una porcion de la Galia Cisalpina.

Pompeyo marchó contra él, recobró casi todas las ciudades que habia tomado, lo cogió prisionero é hizo con él lo mismo que habia hecho con Carbon y con Quinto Valerio, esto es, dió orden á Génino de que lo matara, sin tomarse siquiera el trabajo de juzgarlo.

Despues de aquella victoria habian tenido lugar las otras contra Sertorio, contra Espartaco y contra los piratas.

En esta última guerra Pompeyo habia reunido poderes de que nadie habia dispuesto antes que él, y habia sido hecho verdaderamente rey del mar.

Ahí es donde lo hemos abandonado y donde volvemos á cogerlo para seguirlo, hasta el regreso de César, que venia de España.

#### XIV

En medio de todos esos acontecimientos *la barba de Pompeyo* habia crecido y su poseedor habia obtenido el triunfo y el consulado sin oposicion alguna.

Su poder era tan grande en Roma en aquel momento, que Craso, que estaba indispuerto con él desde el asunto de los gladiadores, se vió obligado en cierto modo á pedirle permiso para ser nombrado cónsul.

Pompeyo comprendió cuánto lo engrandecia aquella humildad con él de parte de un hombre que á causa de su riqueza y de su elocuencia, despreciaba á todos los demas. Olvidó que habia inferido ofensas á Craso,—lo cual era mucho mas meritorio que olvidar las que Craso hubiera podido inferirle á él—y lo hizo nombrar cónsul al par suyo.

Estando ausente César, Craso y Pompeyo se com-

partian así la autoridad, siendo Craso el que tenia mas influencia con el Senado, y Pompeyo el que contaba con mas crédito en el pueblo.

Ademas, Pompeyo era lo que se llamaria en nuestros dias un *charlatan de feria*: conocia al pueblo romano y sabia el modo de tratarlo.

Era costumbre que los caballeros, despues de haber servido el tiempo prescrito por la ley, llevasen su caballo á la plaza pública, y allí, delante de los dos censores, diesen cuenta de sus campañas, nombrasen los generales y los capitanes á cuyas órdenes hubiesen servido, y, á la faz del pueblo, recibiesen los elogios ó las reconvenciones á que su conducta los hubiese hecho acreedores.

Ahora bien, estando un dia los censores Gélío y Léntulo sentados en sus asientos, vieron de lejos á Pompeyo, vestido con el traje consular, acompañando, ó mas bien precedido, de los lictores, descender hácia el Forum, llevando como un simple caballero, su caballo de la brida; despues ordenar á los lictores que se hicieran á los lados, y por fin presentarse él con su caballo delante del tribunal.

El pueblo, al ver aquello, se sintió poseido de tal respeto, que no se oyó ni un solo bravo; sin embargo, era patente que todo el mundo admiraba la accion de Pompeyo.

Los cuestores, por el contrario, en extremo orgu-

llosos con aquella muestra de deferencia, contestaron con una inclinacion de cabeza al saludo de Pompeyo, y el de mas edad de los dos se levantó y le dijo:

—Pompeyo el Grande, os pregunto si habeis hecho todas las campañas ordenadas por la ley.

—Sí, contestó Pompeyo en alta voz, y nunca he tenido mas capitan ni mas general que yo mismo.

Al oír aquellas palabras, el pueblo prorumpió en gritos, y los censores se levantaron y acompañaron á Pompeyo hasta su casa, al par de la multitud, queriendo volverle en lo posible el honor que de él habian recibido.

Pero el triunfo mas grande de Pompeyo fué el que obtuvo el dia en que se vió investido del poder que hemos dicho para combatir á los piratas.

La ley que le conferia aquel poder no pasó sin oposicion, pues, una vez dueño de él, teniendo doscientos buques á sus órdenes, quince tenientes sacados del Senado obligados á obedecerle, disponiendo de la hacienda pública, pues podia exigir cuantos fondos quisiese á todos los cuestores y receptores, mandando con despótica autoridad en todas las costas hasta la distancia de cuatrocientos estadios del mar, ninguna fuerza humana podia impedir á Pompeyo el hacerse rey si esa dignidad llegaba á tentarle.

Así, cuando se leyó el proyecto de ley, si bien fué acogido por el pueblo con gritos de entusiasmo, y apoyado por César, que quería halagar al pueblo, fué rechazado por cierto número de senadores.

Uno de los cónsules llegó hasta gritar:

—Cuidado, Pompeyo! queriendo seguir las huellas de Rómulo podrias muy bien desaparecer como él en una tempestad.

Cátulo, á quien Pompeyo habia favorecido, no era tampoco favorable á aquella ley; sin embargo, al hablar contra ella hacia el mayor elogio de Pompeyo.

Hé aquí la conclusion de su discurso:

—No expongais así, sin cesar, á los azares de la guerra al primer ciudadano, al hombre mas grande de Roma; si llegarais á perderlo ¿quién lo reemplazaria?

—Tú! tú mismo! gritaron de todos lados.

Entonces se adelantó Roscio, hizo señal de que queria hablar, y como en medio de los clamores del pueblo le era imposible hacerse oír, alzó en alto dos dedos, indicando con ello que era preciso dar un colega á Pompeyo.

Mas el pueblo prorumpió en tales gritos al ver aquella malaventurada proposicion, que un cuervo que pasaba en aquel momento por encima del Forum cayó aturdido en medio de la multitud.

“Lo cual prueba, dice gravemente Plutarco, que

no es el desgarramiento y la separacion del aire, en el cual se forma un vacío, lo que hace caer los pájaros al suelo, sino que eso procede de que los hieren los clamores lanzados con fuerza, los cuales escitan en el aire una sacudida violenta y un torbellino rápido.”

Ya hemos dicho en otro lado cómo terminó aquella guerra, aumentando la gloria de Pompeyo; pero lo que no hemos dicho es la parcialidad que mostró hácia los piratas, siendo así que habia hecho matar á Carbon, á Quinto Valerio y á Bruto de un modo tan cruel.

No tan solo les dió cuartel perdonádoles la vida y les dió parte de sus bienes, sino que hizo como Metelo, pariente del otro Metelo de quien habia sido colega en España, como Metelo antes que Pompeyo tuviera el mando en jefe de aquella guerra, habia sido destinado á Creta para perseguir los piratas de aquella isla, la cual, despues de la Cilicia era su madriguera la mejor fortificada; y, como Metelo los perseguia á todo trance y los hacia ahorcar á medida que los iba cogiendo, estos sabiendo con qué bondad Pompeyo habia tratado á sus compañeros, le pidieron auxilio contra Metelo.

Estraña era la pretension, pero mas estraño aún fué el que se accediera á ella.

Pompeyo escribió á Metelo prohibiéndole que continuara la guerra.

Mandó á las ciudades no obedecieran á Metelo, y mandó entrar á su teniente Lucio Octavio en una plaza sitiada en la cual combatió por los piratas contra los soldados de Metelo.

Esto parecería incomprendible si no se conociera el modo de obrar de Pompeyo, que no queria dejar á Metelo la parte de gloria que le reportaba la destruccion de los piratas, como habia usurpado á Craso la parte de gloria que le reportaba la destruccion de los gladiadores.

Así que se supo en Roma que aquellos piratas tan terribles habian sido aniquilados ó sometidos en menos de tres meses, el entusiasmo para con Pompeyo llegó hasta tal punto, que el tribuno del pueblo Manlio, propuso una ley por la que se daba á Pompeyo el mando de todas las provincias y de todas las fuerzas que estaban á las órdenes de Lúculo, á lo cual se agregó la Bitinia que mandaba Glabrio.

Aquella ley le autorizaba para conservar las mismas fuerzas marítimas, para mandar con las mismas facultades que en la guerra anterior; en fin, ponía á su disposicion el resto del imperio romano, ya que le daba ademas de la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, la Colchida alta y la Arme-

nia, y los ejércitos conque Lúculo habia vencido á Mitrídates y á Tigranes.—La ley fué aprobada.

Desde un principio los senadores y todos los hombres notables de Roma se habian reunido para rechazar aquella ley, habian cangeado las promesas mas sagradas, se habian hecho mútuo juramento de no faltar á la causa de la libertad, consignando en un solo hombre y de su plena voluntad, un poder igual al que Sila habia conquistado por la violencia. Pero así que llegó la ocasion, de todos los oradores que se habian inscrito pidiendo la palabra, sucedió lo que es muy comun bajo el régimen parlamentario, uno solo se atrevió á hacer uso de la palabra. Este fué Cátulo.

Habló como hombre honrado y con su franqueza habitual, é interpeló al senado con gran torrente de voz, y decia:

—Padres conscriptos, ¿no existe ya una montaña ó un peñon adonde nos sea lícito retirarnos y morir libres?

Pero Roma habia llegado al período en que le era preciso un dueño, fuera el que fuera.

Ninguna voz secundó la de Cátulo.—La ley fué aprobada.

—¡Ay de mí! exclamó Pompeyo al recibir el decreto, no tendrán fin mis trabajos. ¿Será preciso que pase sin cesar de un mando á otro, y no podré go-

zar en compañía de mi mujer y de mis hijos de la apacible vida del campo?

Y levantando la vista al cielo y dando una palmada en su muslo, hizo todos los gestos de un hombre movido por la mayor desesperacion.

¡Pobre Pompeyo!

Otros gestos hubiera hecho, y de otro género, si la ley no hubiera sido aprobada. Con la diferencia que los hubiera hecho estando solo, y éstos hubieran sido verdaderos gestos de desesperacion.

No sucedió lo mismo con César, pues así que obtuvo el gobierno de las Galias, en la expansion de su alegría, que no trataba de disimular, exclamó:

—Por fin, llegué al colmo de mis deseos, y desde hoy en adelante me pondré á la cabeza de mis conciudadanos.

Nos lisonjamos de que el lector que nos sigue en este estudio, apreciará cada vez mas el carácter de aquellos dos hombres, de modo que cuando por ser rivales se encuentren frente á frente, bastará la narracion de sus hechos, y estos no necesitarán comentarios.

Por lo demas, si vaciló Pompeyo en aceptar el mando, no duró mucho tiempo su indecision. Reunió sus bajeles, llamó á sus hombres de armas, convocó á todos los reyes y príncipes que se hallaban en la estension del territorio de su mando, entró en Asia, y principió, como es la costumbre, por derrocar y anular todo cuanto habia hecho su antecesor.

Y no se olvide, aquel antecesor era Lúculo, es decir, uno de los hombres mas considerables de la República.